

ARTÍCULO

PIEZAS SOBRE MORAL FILOSÓFICA

Dr. Ernesto Priani Saisó
Editor de la Revista Digital Universitaria
epriani@hotmail.com

PIEZAS SOBRE MORAL FILOSÓFICA

RESUMEN

Mi posición es que debemos desechar la distinción entre ética y moral. La razón: sólo en la medida en que ocurra esto, la filosofía volverá a ser entendida como disfrute.

Palabras clave: Moral, Ética, Reflexión filosófica, Militancia Moral, Felicidad.

PIECES ON PHILOSOPHICAL MORAL

ABSTRACT

My position is that we must reject to the distinction between ethics and moral. The reason: only in the measurement in which it happens this, the philosophy will return to be understood as it enjoys.

Keywords: Moral, Ethics, Philosophical Reflection, Moral Militancy, Happiness.

EL MOTIVO

Desde hace un par de años, una serie de discusiones, y la lectura de algunos libros, me han llevado a enfrentarme con una idea que ahora entiendo como subyacente de muchas de mis discrepancias teóricas.

Como descubrí con el tiempo, la idea en cuestión constituía uno de esos pilares dogmáticos para algunos que, en México, nos formamos como filósofos con inquietudes en torno a la vida moral y además, que su crítica socavaba –si vale decirlo con ese dramatismo– los cimientos sobre los que se ha construido no sólo una labor teórica, sino un sentido de la práctica filosófica.

Sobre todo porque se trata de una idea que así como constituye una posición teórica respecto a la reflexión moral, también significa una postura en relación con el sentido de la profesión filosófica, al menos en lo que se refiere a quienes reflexionan sobre la conducta humana, en México.

Me refiero, y me encantaría poder decir, por supuesto, a esa definición que se introduce en el programa de ética de la preparatoria todavía hoy¹, a propósito de la distinción entre ética y moral.

La forma más usual, y también la más dogmática para presentar esta distinción en los manuales, suele ser la afirmación de que la ética estudia la moral o, alternativamente, que la moral es el objeto de estudio de la ética.

Por supuesto, no es sólo en los manuales de ética para la preparatoria, incluyendo por ejemplo, el escrito por Sánchez Vázquez, donde encontramos afirmaciones de este tipo. En un libro reciente de una de mis maestras, Juliana González², encontramos una discusión en torno a este asunto.

Se entiende, pues, que pese a parecer una fórmula para responder a la pregunta de un examen, la idea con la que me enfrento dista mucho de ser un mero cadáver teórico. Al contrario, se trata de una de las ideas más difundidas y arraigadas en México sobre cómo entender la filosofía moral, que conserva parte de su fuerza y vigor entre algunos filósofos, dentro de los cuales debo decirlo, me encontraba yo hasta hace poco.

Hoy, mi posición es distinta. Estoy convencido que debemos desechar la distinción entre ética y moral. Particularmente, aquella que quiere hacer de la segunda una suerte de “realidad moral” o “mundo moral” que es objeto de reflexión de la primera. Las razones pueden ser muchas. Aquí me interesa aquella que es un intento por restituir la unidad de la reflexión moral, para que la filosofía y, en concreto, la filosofía moral, tenga por objetivo la alegría y goce. Vuelva, ella misma, a ser entendida como disfrute.

Debo confesar, sin embargo, que no puedo narrar las razones de mi desencanto ni los senderos de nuevos caminos, sino a pedazos. Como trozos de una reflexión cuyos vínculos no alcanzo a ver en su totalidad. Y es pues, con esos pedazos con los que he compuesto este objeto.

¹ El Programa de Ética de la Escuela Nacional Preparatoria ubica el tema “Diferencia entre ética y moral”, como el punto 1.6 de la primera unidad. <http://200.67.175.251/planes/planespdfinales/96/quinto/1512.pdf>.

² Juliana González. *El poder de eros*. pp. 57 ss.

LAS RAZONES DEL DESENCANTO

Pieza 1

Es inútil o cómo no entender la historia de la filosofía

La primera razón para abandonar la tendencia a distinguir la moral de la ética es su inutilidad para entender la historia de la filosofía. El uso histórico de los términos “ética” y “moral” no corresponde, en ningún caso, a los sentidos que se atribuyen a una y otra para distinguirlos.

Por ejemplo, si bien es claro que Aristóteles escribe reflexiones sobre el bien y la conducta bajo el título de ética, Séneca lo hace en tratados morales. Además, los filósofos medievales, tan afectos a las clasificaciones de la filosofía, muy rara vez utilizan el término ética, hablan de filosofía práctica o filosofía moral. La Rochefoucauld escribe máximas morales, Spinoza una ética y Hume filosofía moral.

Los ejemplos pueden seguir acumulándose hasta el presente, pero creo que con estos es suficiente para dejar en claro el punto: nada en el uso de los términos ética y moral dentro de la tradición filosófica, sugiere o valida la distinción que se difunde entre tales palabras.

Al contrario, la más somera exploración de la historia de la filosofía nos conduce a reparar en el sentido particular del uso de estos vocablos. Así, por ejemplo, el uso que *moralis* tiene en Cicerón como traducción de *ethikos* es completamente distinto del que tiene el término moral en el siglo XVIII, no obstante que este último sea una derivación del primero.³ Lo mismo ocurre con el término ética utilizado primero por Aristóteles en un sentido, y luego por Spinoza o por Kierkegaard o incluso por Moore, después.

En cada uno de ellos, el hablar de ética o de moral tiene un sentido que es difícil distinguir del sentido y la estrategia de su reflexión. Surge y se forma en y a partir de ella. Por ello es imposible, además de absurdo, querer ver estos sentidos como adecuándose a una fórmula que les es absolutamente extraña.

En algunos autores posteriores al siglo XIX es factible encontrar la distinción entre ética y moral –ya sea para darle carácter científico a la reflexión filosófica, ya sea para manifestar una diferencia frente a un cierto usos dados al término moral entre el XVIII y el XIX- pero en ellos hay que entenderla como una estrategia específica de reflexión y no como una prueba de que tal distinción sí corresponde a la forma en que se ha desarrollado la historia del pensamiento moral.

Por inútil, pues, para entender el desarrollo de la reflexión moral, es que es desechable la distinción entre ética y moral.

Pieza 2

¿Y no hay algo así como una moral filosófica?

A propósito de un texto de Juliana González

Podría decir que Juliana González tiene una posición ambigua, al menos en *El poder de eros*, en relación con la distinción entre ética y moral.

³ Cf Alasdair MacIntyre. *After Virtue*. pp 38-39

En el apartado "*Ethos y ética*", Juliana asume como punto de partida la existencia de dos órdenes en la ética, uno que refiere a la teoría y otro al objeto, y es por esta asunción que pasa a discutir la relación entre ética y moral.

Para Juliana hay tres modos diferentes de entender la distinción entre ética y moral que se basan en la generalidad, la abstracción y el valor cognoscitivo para señalar la naturaleza de la diferencia. Así, en un caso, la ética sería más general que la moral, en otro, la moral sería más abstracta que la ética, y finalmente la ética sería más cognoscitiva que la moral. Es, sin embargo, esta última forma de distinguir entre ética y moral, la que Juliana discute críticamente:

"...aun considerada como filosofía moral, en su significación teórica y cognoscitiva, la ética no es del todo axiológicamente indiferente... En este sentido, se diluyen los límites entre lo propiamente teórico y la praxis moral, de modo que la ética se revela como literal 'ciencia práctica', como ciertamente la definió Aristóteles."⁴

La ambigüedad de la posición de Juliana consiste en que no obstante apuntar esta crítica, ella no renuncia a distinguir entre ética y moral. Al contrario, sobre la base de la existencia de una moral filosófica dice que ésta "contrasta con las otras morales que se van configurando históricamente ... Lo cual explica, por lo demás, que en ocasiones se llegue a oponer 'ética' (moral filosófica) a 'la moral' (convencional, acrítica, inauténtica y anquilosada)."⁵

Me detengo ahora en el concepto de "moral filosófica". Juliana tiene razón, la reflexión moral no es indiferente "axiológicamente" y el filósofo tiene una moral que le es propia. En sus palabras, que no hay una ética moralmente indiferente. Pero antes de oponer esta idea a la de una moral convencional, creo que habría que conducirla a su extremo:

El concepto de moral filosófica indica que no hay un pensar filosófico neutro respecto a la conducta humana. Y que esa no neutralidad coloca a la reflexión en el mismo orden que su objeto. En realidad los confunde. Y es que la singularidad de la reflexión moral es que ella misma se traduce en moral. El instrumento de análisis es, al mismo tiempo, instrumento de creación moral.

Y qué pasa si:

Si esto no es así

Y qué tal si la singularidad de la reflexión moral no se traduce en moral. Si el instrumento de análisis no es, al mismo tiempo, instrumento de creación moral.

Entonces estaríamos en un problema. Porque la distinción entre ética y moral se sostendría –como de alguna manera lo ha hecho hasta ahora. Y puesto que tal distinción es del mismo orden que la escisión ya clásica entre poesía y filosofía, "en el sentido de que la poesía posee su objeto sin conocerlo y la filosofía lo conoce sin poseerlo",⁶ nos encontraríamos con que todo pensamiento que se conciba a sí mismo como ético, en los términos de su distinción con la moral, nunca podrá ser, él mismo, moral. Y a la vez, el conjunto de la conducta y las creencias morales de una persona nunca podrán encontrar su origen en la reflexión ética.

⁴ Juliana González. *El poder de eros*. p. 58

⁵ Juliana González. *El poder de eros*. p. 59

⁶ Agamben. *Estancias*. p. 12

Entonces ocurre, parafraseando a Agamben en *Estancias*, que como toda *quète*, la *quète* de la ética, "no consiste en reencontrar su propio objeto, sino de asegurarse de las condiciones de su inaccesibilidad."⁷ Como ciertamente ocurre en una tradición en la que se encontrarían la imposible definición del bien de Moore, el silencio de Wittgenstein o la pérdida de la estructura moral que imagina MacIntyre.

Y si lo es pero de manera especial

Puedo coincidir con Juliana en que la moral filosófica se distingue de otras morales en función de la forma en que es concebida; es decir, a partir del instrumento que le es propio: la reflexión filosófica.

Pero disiento en cuanto a que por esto es ella y sólo ella la que "da razón" del mundo ético y la que es capaz de fundamentar criterios universales de valor. Me parece que es imposible sostener, frente al conjunto de las morales en disputa en el mundo, que sólo la moral filosófica lo haga. Hay muchas, de las fuentes más dispares, religiosas, comerciales, administrativas, que pretenden también dar razón del mundo ético y fundamentos universales para sus valores.

Tampoco concuerdo en que la diferencia de esta moral filosófica con el resto sea que no da normas particulares y concretas, porque basta repasar la historia de la filosofía para encontrarnos justo con lo contrario, que los filósofos han concebido normas y formas específicas de conducta, que de hecho siguen siendo objeto de la discusión filosófica, a lo largo de toda la historia.

Que estas no sean el objeto primario de la reflexión actual y que estas no sean frecuentes en filósofos más actuales, no implica que la reflexión de la moral filosófica no las implique.

En otras palabras, que no concibo la superioridad de la moral filosófica por razones que le otorguen algo así como el monopolio de la universalidad y de la verdad, y no una superioridad por su eficacia moral, su capacidad de hacer más felices a los hombres.

Juliana tal vez al recoger estos argumentos sobre la superioridad de la de la moral filosófica, haciéndose eco del tópico heredado del siglo XIX, de que hay algo que puede ser llamada moral es "convencional, acrítica, inauténtica y anquilosada". Esa moral a la que con tanta vehemencia atacaba Wilde, Nietzsche, Freud, Sartre, Marcuse.

Pero hoy, en un mundo en que se confrontan muchas morales, desde las que tienen que ver con el ecologismo, la defensa de los derechos humanos, la bioética, hasta las que hacen una defensa religiosa de la vida, sustentan la existencia de un comercio humanista, etcétera ¿tiene sentido hablar de una "moral convencional"? Es cierto que todavía vemos a algunos sacerdotes y a algunos comunicadores responder a una especie de "moral convencional" a veces casi como caricaturas. ¿Pero realmente se trata de una moral?

Y pasa si sólo lo es

Si la moral filosófica es del mismo orden que cualquier otra moral, hay que reconocerla en lucha con las demás, porque al menos en el plano de esa lucha no es ni superior, ni dominante.

⁷ Agamben. *Estancias*. p. 11

Y es que pese a su linaje, la moral filosófica está siendo arrastrada por la misma tormenta desatada por ella: hoy la moral se ha vuelto uno de los principales objetos de atención y una de las obsesiones de nuestra cotidianidad: hay ética en los medios, hay ética en las empresas, bioética. Hay un torrente de personas, grupos, religiones que difunden valores; hay una centralidad de los derechos humanos, del respeto a la diferencia, de la reivindicación de lo originario, del respeto a las costumbres en la discusión política. Hay un vehemente deseo de legitimidad moral, en un sinnúmero de personajes públicos y de grupos sociales. En el extremo, la publicidad se ha vuelto un vehículo de difusión de perspectivas y caminos morales.

Y es ahí, a mitad de esa confusión y de esa lucha, que la moral filosófica debe probar que realmente es superior y que lo es por su eficacia moral, por su mayor imaginación moral, su capacidad creativa, su capacidad real de conducir al hombre hacia la felicidad. En suma, de proporcionarle un horizonte, en medio de esta tormenta de alternativas.

LOS CAMINOS A SEGUIR

Pieza 5

¿Usted mismo es feliz?

¿Usted mismo es, personalmente, feliz? Le preguntan al final de una charla sobre la felicidad a André Comté-Sponville.⁸ No es de sorprenderse. Se trata de una impertinencia común para el filósofo moral.

Muchos de quienes nos escuchan o leen se preguntan si eso que decimos a propósito de algunos temas morales –si no es que de todos- lo llevamos a cabo en nosotros mismos y si es efectivo. Vamos, si la reflexión moral hace al filósofo más feliz, un mejor hombre, una persona más serena, alguien más bueno.

Pero a menudo –no es el caso de Comté-Sponville- los filósofos prefieren guardar silencio. Algunos incluso, se indignan: “Ese no es asunto nuestro”.

El problema, de lo cual esto es apenas un síntoma, es que el filósofo renunció a ser sabio. O eso parece, al menos, entre quienes practican la filosofía sin una militancia moral⁹ y se colocan al margen de aquello a lo que, en apariencia, lo compromete su propio pensamiento. Como si, siendo aquel Acteón del que habla Bruno en los *Heroicos furores*¹⁰, en lugar de dejarse devorar por sus canes, simplemente huyeran.

Hay que sorprendernos porque hay filósofos que han preferido el camino del silencio respecto al compromiso y la militancia moral. Son ellos los que han hecho posible concebir al filósofo como alguien que no es sabio porque persigue sólo un espacio muy limitado de saber. Como alguien que no busca esa sabiduría práctica que hace que el filosofar sea una disciplina no sólo del pensamiento, sino también de la existencia, y que por ello mismo, abandona la práctica de una ascesis como condición, y a la vez, resultado del pensar.

De ellos es, y no de otros, es el juego de la distinción entre lo teórico y lo práctico. La idea de hacer indiferente la reflexión moral sobre la práctica moral. Estas son las formas que corresponden al filósofo que ya no desea ser sabio y son, también, razones para que él guarde silencio sobre la felicidad.

⁸ Cf. André Comte-Sponville. *La felicidad desesperadamente*. 96.

⁹ La expresión la encuentro en Comte-Sponville y también se adivina claramente en Halperin.

¹⁰ Cf. Giordano Bruno. *Los heroicos furores*. p. 73 ss.

Guardémonos, pues de seguir sosteniendo esta distinción y de parecernos a ese filósofo. Dejémonos, pues, devorar por los canes.

Pieza 6

Nadie es, nunca, centro

Quizás uno de los problemas centrales de la vida moral moderna es la tensión generada por la imposibilidad de ser como los demás, en el sentido de una integración en términos de igualdad con los otros.

Es la tensión ocasionada por lo común y lo diferente, por el pertenecer a un grupo, una comunidad, y el hecho de permanecer irreductiblemente único, distinto. Pues el origen de la tensión, tiene, claro, su complemento en la exclusión que supone toda diferencia, en el hecho definitivo que al final, hay algo que nos coloca al margen, en una de las orillas. Que nadie es, pues, nunca centro, porque la vida de los hombres hoy, es pendular: un movimiento de integración/exclusión en direcciones múltiples y hacia múltiples comunidades, que desafía todo el tiempo la identidad de cada quién.

De ahí esa necesidad permanente de reinventarse a sí mismo, de construirse de nuevo a lo largo del tiempo, lo mismo en la integración que en la diferencia. Y lo fascinante es que este constante movimiento de definición de uno mismo es motivo de la adopción e, incluso, de la creación, de una infinidad de formas morales que se encuentran en constante circulación por nuestra realidad más inmediata.

Y, en efecto, esta circulación de las ideas y conductas morales es una de las condiciones de nuestra realidad moral. Nada está quieto, nada permanece ahí por mucho tiempo, todo circula, pasa de unos a otros y ahí se debilita o se fortalece, y vuelve a circular de nuevo, semejante o distinto, en los mismos o en nuevos ámbitos.

¿Cómo reflexionar, entonces, de algo de lo sólo podemos testimoniar su constante movimiento?

Los sistemas modernos de moral, ... han tendido a negar el valor de las técnicas de estilización de sí en la práctica ética, insistiendo más bien en la obediencia personal a los dictados de la razón, la virtud, la conciencia o la ley (ya sea natural, humana o divina). De ahí la importancia que Foucault atribuía a las posibilidades renovadas de un arte ético, un cultivo de sí y las diversas estilizaciones de sí producidos por la emergencia de las comunidades gays y lesbianas y, junto con ellas, de estilos de vida distintos y originales.¹¹

Hay que concebir la reflexión moral como la aproximación a las personas y comunidades que tienen un ejercicio particular de vida moral –un tanto al modo en que, por ejemplo, Aristóteles lo hace para construir el contenido de cada una de las virtudes-, reconociendo que se trata de los agentes reflexivos de esas formas particulares de ejercitar la moral. La finalidad no es encontrar en ellos el objeto de una reflexión segunda, sino miembros de una comunidad que reflexiona sobre el sentido de su propia conducta.

Así, el filósofo no ha de buscar en esas formas particulares, y en esas muy concretas prácticas de sí, un modelo que se constituya como hegemónico. Al contrario, como uno más de los eslabones en el proceso de circulación de las formas morales, debe ocuparse de su propia moral filosófica, como una más que participa en el combate de la arena moral.

¹¹ David Halperin. *San Foucault*. Ed. Ediciones literales. Buenos Aires, 2004. Traducción de Mariano Serrichio. p. 94 y 95

La suya es una obra de creación imaginativa de herramientas, que contribuyan a la circulación y perfeccionamiento de su propia moral y la de los otros, a través del diálogo y la lucha con otras muchas fuentes de conducta y reflexión moral.

Tal vez, como señala Halperin a propósito de Foucault, el rol del filósofo es más el de mediador que el de líder, y su compromiso ético se expresa "en su resistencia a cualquier intento de subordinar los esfuerzos políticos de grupos particulares a valores éticos universales o generales."¹²

Y en efecto, la posibilidad de que el filósofo tenga un peso decisivo en la circulación de las formas morales, es que renuncie a una posición de neutralidad y a una aspiración al arbitraje en el terreno moral.

Pero además, pasa porque reivindique su derecho a la sabiduría y a la felicidad. Será en el juego de su reflexión y su ejercicio, que el filósofo pueda ofrecer eso que se espera de él: el diálogo y el antagonismo con las muchas formas de conducta y reflexión moral. Pero también, el propio disfrute de una vida de reflexión filosófica.

BIBLIOGRAFÍA

Comte-Sponville, André, *La felicidad desesperadamente*, Barcelona, Paidós, 2001. Traducción de Enrique Folch González.

González, Juliana, *El poder de eros. Fundamentos y valores de ética y bioética*, México, DF; UNAM-Paidós, 2000.

MacIntyre, Alasdair, *Alter Virtue*, 2da. ed., Indiana, University of Notre Dame Press, 1984.

Agamben, Giorgio, *Estancias. La palabra y el fantasma en la cultura occidental*, Valencia, Ed. Pre-textos, 2001. Traducción de Tomás Segovia.

Halperin, David, *San Foucault*, Ed. Ediciones literales, Buenos Aires, 2004. Traducción de Mariano Serrichio. pp. 94 y 95.

Bruno, Giordano, *Los heroicos Furores*, Madrid, Tecnos, 1987. Traducción Rosario González Parada.

¹² David Halperin. *San Foucault*. Ed. Ediciones literales. Buenos Aires, 2004. Traducción de Mariano Serrichio. pp. 94 y 95.